

Déborah Lévy-Bertherat

Los viajes de Daniel Ascher

Traducción del francés de
Isabel González-Gallarza

alevosía 

A Jérôme, Émile, Irène y Georges

—En el fondo, Peter, ¿por qué le gusta la aventura?

—No lo sé...

Miró hacia alta mar, las nubes se amontonaban en el cielo. Se había pasado la vida surcando mares y continentes, y a veces sentía el deseo de asentarse.

Unas gotas heladas le azotaron la cara. Se humedeció los labios. Ahí estaba la respuesta: el sabor de la sal...

H. R. SANDERS, *La llamada de Gibraltar*

«Ese muchacho sería feliz si se quedara en casa pero, si se marcha, será el más triste y desgraciado de los hombres».

DANIEL DEFOE, *Robinson Crusoe*

PRIMERA PARTE
Septiembre-diciembre de 1999

I

La aventura en este jardín

Cuando Héléne piensa en ese otoño, su primer otoño en París, lo primero que le vuelve a la memoria son los paseos en el Jardin du Luxembourg con su vecinito. Las costumbres de Jonas eran tan fijas como un ritual. En cuanto franqueaban la verja del parque, corría a esconderse en la garita vacía del guarda, cerraba la puerta baja por la que apenas asomaba su coronilla, se quedaba ahí unos segundos, hasta que el león rondara alrededor, o Héléne lo buscara un poco fingiendo preocuparse, y luego reaparecía de pronto con una risa triunfante. Sentada en un banco junto al arenero, ella lo miraba excavar. De vez en cuando el niño se acercaba a entregarle una moneda que hubiera encontrado y que ella debía guardar en la mano. Por los senderos recogía castañas de Indias lisas y brillantes, se llenaba primero sus bolsillos y luego los de Héléne. Cuando ya no quedaban castañas, hacía ramos de hojas secas para su madre, que llevaban a la casa un olor a tierra y lluvia del parque.

Guillaume solía acompañarlos. Héléne lo conocía hacía poco, era un compañero del Instituto de Arqueología, donde se había matriculado por fin tras tres interminables cursos en la Facultad de Historia de Orleans. Desde los primeros días se había fijado en su alta estatura y, durante las clases, sentada dos o tres filas detrás de él, a veces le miraba la nuca, donde el pelo le crecía muy abajo. Seguramente no deberían haberse hecho amigos. Héléne quería aparentar más que los veinte años que tenía, se recogía el cabello en un moño, llevaba zapatos de tacón y se pintaba los labios de rojo escarlata. Guillaume era dos años mayor que ella, pero se

mantenía apasionadamente apegado a todo lo que le recordaba su infancia, y, cuando iban de paseo al Jardin du Luxembourg, invitaba a Jonas a una vuelta de tiovivo solo por el placer de mirarlo. El niño les hacía grandes gestos agitando un palo, Guillaume le gritaba el aro, agarra el aro, le habría gustado tener él también cuatro años para viajar a lomos de un elefante. Le compraba en el quiosco gominolas en forma de cocodrilo y se las comía casi todas él. Le contaba historias de aventureros perdidos en la jungla birmana o en la selva amazónica, le enseñaba a imitar el sonido de un bimotor averiado, y Jonas se aplicaba tanto que se le escapaban perdigones de saliva.

Durante uno de esos paseos, a mediados de octubre, Guillaume mencionó por vez primera *La Marca Negra*. Estaban en un sendero del parque, sentados con los pies apoyados en unas sillas, mientras Jonas alineaba sobre otra silla una colección de pepitas de oro que contaba escrupulosamente. Ese día, Guillaume recordó todas las colecciones que había hecho en su infancia, de sellos, de plumas de pájaro, de piedras agujereadas, de huesos de cereza, de cómics —*Tintín, Tanguy y Laverdure, Blake y Mortimer*—, de series de novelas —*Michel, Los seis amigos* y, su favorita entre todas, *La Marca Negra*—. Le gustaba en especial el primer volumen, empezaba con un accidente aéreo del que el protagonista era el único superviviente y resultaba gravemente herido. Jonas dejó a un lado sus cálculos para escuchar la historia. Hélène se levantó, le dolían la espalda y el trasero de haber estado demasiado rato sentada en una silla de metal.

Se apartó unos pasos, algo más lejos, detrás de la verja, un jardinero cogía manzanas de un árbol; era extraño, manzanas en pleno París, llamó a los chicos, mirad qué curioso, pero no le hacían caso. El jardinero llenó su cesta y se marchó, había concluido su jornada, Hélène dijo que era tarde, que había que volver a casa, pronto se oirían los silbatos que indicaban el cierre del parque, Guillaume se marchó por su lado prometiéndole al niño que seguiría con el cuento la próxima vez. Hélène ayudó a Jonas a guardarse las piedras en el bolsillo y lo cogió de la mano para volver a casa.

II

Una buhardilla

Acababa de mudarse a una pequeña habitación abuhardillada en la calle Vavin, muy cerca del Instituto de Arqueología de la calle Michelet. Se la había prestado el tío de su padre, que vivía en la planta baja, pero Hélène no lo había visto desde que se había mudado, pues estaba de viaje. No tenían mucho en común, por lo que se alegraba de su ausencia. La habitación era de techo bajo, tan estrecha que la cama ocupaba toda la pared del fondo, y tenía una ventana que, para abrirla, había que arrodillarse en la cama, y desde la que se veía, en el patio del edificio, un arbolito de tronco delgado, en una pared una grieta que dibujaba el perfil de un anciano y, más allá de los tejados de zinc, la punta de la torre Eiffel.

Hélène conocía un poco París, pero no ese barrio, entre Montparnasse y el Jardin du Luxembourg, y paseó mucho por allí al principio, nada más llegar a la capital a finales de septiembre, aprovechando el buen tiempo. Todo el otoño, de hecho, sería increíblemente suave, tendrían que haber desconfiado, pero quién hubiera podido adivinar la violencia de las tormentas que se acercaban. Hélène exploraba los alrededores, en la calle Vavin y la calle Bréa miraba los escaparates, libros antiguos, comida china para llevar, la dependienta de la tienda de caramelos saludaba con la mano al droguero, que colgaba cubos multicolores debajo del cierre metálico. En la calle Notre-Dame-des-Champs, entre los arbustos polvorientos, la estatua rugosa del capitán Dreyfus se ocultaba el rostro tras un sable roto. Poco a poco, sus paseos la fueron llevando más lejos.

Los vecinos pensaban que era la sobrina del señor Roche, ella les corregía, la sobrina nieta, huy, perdón, es que parece tan joven. Él no le había dicho nada a su familia, pero sus vecinos sabían que se había marchado a Tierra de Fuego y volvería el 24 de octubre, qué valiente, qué hombre tan sorprendente, a ella le parecía que hablaban de otra persona. Al poco de llegar al barrio, una vecina le había pedido que fuera a recoger a su hijo del colegio, y Hélène se había acostumbrado a pasar la tarde con Jonas en el Jardin du Luxembourg dos veces por semana.

Una tarde, hacia mediados de octubre, se cruzó en el portal, delante de los buzones, con una pareja de señores muy mayores, el hombre se quitó la gorra de tejido príncipe de gales, descubriendo en su cabeza un archipiélago de manchas oscuras, y le estrechó la mano, de modo que es usted la arqueóloga, bienvenida a esta casa, Daniel le habrá hablado de nosotros seguramente, somos Colette y Jacques Peyrelevade, pero el nombre no le sonaba de nada. La anciana le dio un beso, Hélène, repetía, la famosa Hélène, su voz sonaba joven, pero le costaba hablar, de su moño se escapaba, como una driza suelta, un largo mechón de cabello blanco. Estaban felices porque acababan de encontrar una postal en el buzón, una magnífica fotografía de las montañas de la Patagonia, enviada desde Ushuaia, Daniel nunca se olvidaba de ellos, les mandaba una postal de cada viaje. Hélène abrió su buzón, estaba vacío, nunca había recibido una postal de su tío abuelo, ni, que ella supiera, de ningún otro miembro de su familia.

Como Daniel se pasaba parte del año viajando por todos los rincones del mundo, no se prodigaba mucho en las reuniones familiares de los Roche. Cuando rara vez los visitaba, siempre llegaba tarde, mal peinado, con un pico del cuello de la camisa asomando de su eterna parka beis, desgastada y arrugada. Cuando Hélène era pequeña le fascinaba esa parka, con sus innumerables bolsillos de todos los tamaños, exteriores e interiores, los había hasta en las mangas.

Cuando asistía a las grandes celebraciones familiares, Daniel se sentaba siempre en la mesa de los niños, lejos de los adultos. Los pequeños le pedían que les contara cuentos, y él se lanzaba en locos relatos de aventuras, haciendo muecas, imitando voces, acentos y sonidos de animales, describiendo situaciones rocambolescas, con mil juegos de palabras, y echándose a reír de pronto sin que nadie supiera muy bien por qué. Un trozo de *baguette* abierto por la mitad se convertía en la boca de un caimán que lo perseguía por las aguas oscuras del Orinoco, entonces se levantaba y se ponía a nadar a crol para escapar. O bien era invierno en plena taiga, se le apagaba la linterna, y lo rodeaba una jauría de lobos que aullaban, sus cubiertos puestos en vertical temblaban debajo de la servilleta como las piquetas de una tienda de campaña bajo una tempestad. Los padres intentaban hacerlo callar, no ves que los estás asustando, pero él no los escuchaba y seguía y seguía, mientras los niños así se lo pidieran. El hermano de Hélène se reía muy fuerte, pero ella sabía que esa noche, como cada vez, lo oiría hablar en sueños.

Al final de la comida, el abuelo hacía tintinear el cuchillo contra el vaso para que se hiciera el silencio, pronunciaba unas palabras con su voz sonora, acostumbrada a retumbar en los patios de los colegios, y después todos cantaban. Los niños se levantaban de la mesa, Daniel entonces se quedaba solo, callado, inmóvil y con la mirada perdida, tocándose de vez en cuando el bolsillo de la camisa, del lado del corazón. Llevaba en toda circunstancia camisas de bolsillos con botón, y el de la izquierda, siempre cerrado, contenía un objeto del tamaño de una pitillera y del que nada se podía adivinar a través de la tela.

Hélène dejó a los Peyrelevade en el portal con su postal de la Patagonia y subió a su habitación en la quinta planta. Se soltó el moño, se quitó los zapatos de tacón con los que se torcía los tobillos y se quedó descalza en el suelo por el placer de sentir el frescor de las baldosas. No había tardado en acostumbrarse al exiguo tamaño de su buhardilla, que compensaba el panorama de los tejados de París, pero lo que más le gustaba era poder comer lo

que quisiera a la hora que quisiera. Al atardecer se tumbaba en la cama, con los pies apoyados en el alféizar de la ventana, con una bolsa de higos al alcance de la mano, y leía un libro de la biblioteca del Instituto.

El único elemento de la buhardilla que no le había gustado en un principio era una reproducción de un cuadro que adornaba la pared, el retrato de una adolescente con un vestido blanco y un candelabro detrás. En esa fotografía en blanco y negro, seguramente más pequeña que el original, el cuadro parecía siniestro, el cuerpo estaba deformado, con los ojos muy abiertos y los dedos aplastados en las rodillas. Al atardecer era peor todavía, pues el sol poniente, al reflejarse en el cristal, incendiaba el vestido, y la chica se retorció en medio de las llamas. El marco estaba clavado en la pared, por lo que era imposible descolgarlo. Al cabo de unos días, como Hélène ya no soportaba verlo más, pegó encima una foto de la Tierra vista desde el cielo que había recortado de una revista, y se olvidó del cuadro.